Impresiones de un viaje

BURGOS

Encaje de piedra

Apenas se dejó atrás Aranda con su puente magnífico sobre el Duero, cuando una febril impaciencia nos hace adivinar—deseándola—tras una colina, cabe la umbrosa corpulencia de aquellos chopos, sobre tal cerro o hundida en esotro vallejo, la castellana ciudad. Faltan kilómetros y kilòmetros y escrutamos la carretera, que parece deslizarse bajo las ruedas del autobús, y clavamos los ojos en la desoladora planicie, a la caza de una perspectiva en cuyo horizonte se encuentren airosas, las torres gemelas de la catedral burgalesa.

A uno y otro lado de la carretera de Francia, flanqueada de altìsimos chopos, tierras pardas o rojizas de labor, criales acongojantes sin un àrbol y sin un pàjaro; pueblos polvorientos que apenas se destacan del suelo sobre el que se sientan ni del cielo bajo el que se cobijan; míseras edificaciones desperdigadas; algún viñedo rojizo o grisáceo; y siempre, como marco perenne, la planicie interminable.

A medida que el coche avanza, se despeja el cielo. Asoma el sol y, entre las pardas aldeas, brillan las espadañas de las iglesias diminutas; fulgen las hojas amarillentas de los olmos altísimos como panes de oro, y es el asfalto de la carretera un manso rìo de mercurio. Una curva brusca y a medio kilómetro escaso, bajo el palio azul del cielo adornado de unas nubes algodonosas, que son para nuestra fantasía jirones de blanco armiño, la catedral de Burgos.

—¡La Catedral!—Grita uno.

Y la alegre chiquillerìa alborotadora, calla absorta. Una calle que termina en amplísimo puente. El Arco de Santa María con su Cid grotesco y su Carlos I caricaturizado. El paseo del Espolón, alegre, límpio y umbroso. La Plaza Mayor con sus soportales típicos. Enseguida la mole gris de la Catedral que, para quien la esperaba de piedra dorada, es un trasunto forjado con cemento en alguna ciudad norteamericana.

¿Quién hizo esas torres? ¿Un hombre? Acaso. Mas diríase cosa sobrenatural. Encaje de piedra, sutilísimo encaje de piedra que comienza en las agudas torres gemelas y cae sobre la fachada principal y sobre las puertas del Arzobispo y de la Coronería en góticos motivos y se desborda en el interior en asombrosas filigranas de pétrea blonda que van de la cúpula al suelo, del crucero maravilloso al detalle que es esa puerta plateresca, que da a la sacristìa, para remansarse en el poema que es la capilla del Condestable. Y cuando se admiró, desorbitados los ojos, suspenso el alentar—ese sepulcro y aquellos bajorrelieves y las tumbas platerescas y las columnas maravillosas y la placidez admirable del rostro plasmado por Sebastian del Piombo en su cuadro de la Presentación, aun queda ànimo y hay una reserva insospechada de admiración inèdita para extasiarse ante la Magdalena de Leonardo de Vinci no tan mística y recatada como algún docto varón pudibundo quisiera.

A la salida es el Papa-Moscas—ese grotesco muñeco asomado en lo alto de un ventanal—un alivio para los nervios tremantes.

La Cartuja de Miraflores

Dice la gente que el San Bruno que hay en Miraflores «no habla porque es cartujo». No vea nadie en la frase una hipérbole. Si Miguel Angel, al concluir su «Moisés», le dijo: «¡Habla!» es posible que el portugués Pereira, al terminar su San Bruno, le gritase: «¡Calla!» para no oir los sollozos desgarradores que se escapan de la maravillosa imàgen que, llenas de lágrimas las mejillas, empañados los ojos y plegada la boca en un rictus de dolor agobiante, contempla el Crucifijo que en su diestra tiene. Ligeramente policromada la cabeza admirable, naturalìsimo el ademán, es tan real la escultura, tan soberbiamente concebida y ejecutada que no sería, en verdad ninguna cosa extraordinaria para el visitante oir, en la sala capitular de la Cartuja, los sollozos contenidos de este San Bruno que si no habla es porque es cartujo.

Una ola llegada de la playa del arte gótico se abatió grandiosa en Burgos y solidificóse su agua en esas maravillas de piedra que son la Catedral y el retablo de san Nicolàs y los de san Lesmes y la casa del Cordón y el Hospital del Rey... Pero la espuma de aquella ola, volando unos kilómetros, cuajóse en el alabastro de los dos sepulcros que hay en el presbiterio formidable de la Cartuja de Miraflores.

Ni las dos sillerías de coro —para religiosos launa y para legos la otra—; ni el altar mayor —pintado con el oro fundido que Colón trajo de Amèrica en su segundo viaje en el que hay una interpretación inédita de la Trinidad; ni los cuadros maravillosos; ni la augusta placidez del claustro —la hidalga hospitalidad de los religiosos les llevó a enseñarnos toda la clausura, con sus celdas desnudas y sus jardinillos y talleres individuales y su cementerio tosco y mudo, sin una inscripción, sin una fecha— nada, en fin, de la Cartuja toda, ni acaso de todo Burgos, puede llegar en exquisitez, en dominio de técnica, en paciencia, en magestuosidad y grandeza a la labor definitivamente gloriosa de estos sepulcros de Juan II e Isabel de Portugal y del infante don Alfonso.

Coja un artista sublime cera, arcilla, barro; moldèe a placer años y años; estruje su cerebro; agote su sentido artístico y, al cabo de toda una vida, no llegarà ni con mucho a forjar algo parecido a este maravilloso encaje de alabastro que Gil de Siloe talló en la espuma de aquella ola del arte gótico que se abatió, grandiosa, en la recia ciudad castellana que dió un hombre forjador de reyes...

Gustavo del Barco

Venta de fincas urbanas

Se venden las casas números 5 de la calle de Bataneros, la número 7 de la calle de la Reforma, un cercado bodega en la Salida del Peral, de cabida 25.000 arrobas y 4.000 metros cuadrados de solar y otro en la calle de Torrecilla con salida al Paseo de la Estación, de 40.000 arrobas de cabida y 8.000 metros cuadrados de Solar.

Para precios y condiciones dirigirse a la administración de este periódico y a don Lucrecio Ruiz Valdepeñas, de Daimiel.

CHISPAS

¡Albricias!

Acabará en chaparrón
lo que empezó en un chubasco,
¡ya es político *de acción*
el Procurador Peñasco!

* * *

¿Quièn ha querido aburrir
a un caracter tan jovial?
¿Quién ha metido a Florencio
en este berengenal?

¿Es acaso su padrino
ese opulento señor
que a veces va de la mano
del joven Procurador.

No podremos comprender
lo que tanto nos asombra:
¿podrà politiquear
quien se ríe de su sombra?

Muchas gmancias tendrà
el que a la luz *lo sacara*
¡porque Peñasco de «líder»
debe ser cosa muy cara..!

Aprendido su papel
padrino y apadrinado,
de candilejas adentro
representan lo ensayado.

Y derechos, derechitos,
con infantiles diabluras,
se escabullen entre sombras
por las calles más oscuras.

* * *

Florencio empezó a actuar
en «centros» y comisiones,
¡y hasta en servicios secretos
de nombrados callejones!

Hace de paso «clientela»
con su cara sonriente,
con la venía del padrino,
con aplausos de la gente...

Y aseguran malas lenguas
que en el «distrito» elegido,
no derrotan a Peñasco
los amantes del cocido...

Ante el padrino me inclino,
y con fè lo reverencio

. . . . . .

¡Albricias, señor, albricias!
¡Vamos a verlo, Florencio..!

Toni

Dr. Maximiliano Santos Laguna

ESPECIALISTA EN PARTOS Y GINECOLOGIA

Ex-alumno Interno por oposiciòn de los Hospitales General y de la Princesa y Profesor de Guardia por oposición de la Maternidad de Madrid, pasarà consulta todos los Viernes de 11 a 1 en la Clínica del Doctor Ballenato, Seis de Junio, 26.

El servicio a los partos distécicos (difíciles) serà diario siempre que se le requiera.

Jandiro en el Hotel
Jandiro en el Restaurant
Jandiro en su Casa

¿Quién no conoce los chorizos **Jandiro?**

Juan Cámara Delgado

Los vende en su despacho del Mercado, calle central núm. **73**

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Adelante. 29/1/1936.